

TRAUMA SIMBIÓTICO Y DE VINCULACIÓN

En un trauma simbiótico, el niño fracasa en su intento de construir una relación simbiótica sana con sus padres y, especialmente, con su madre. Intente lo que intente, no lo consigue. No le sirve de nada que esté en silencio encerrado en sí mismo o muestre su miedo, que esté rabioso o llore, que sea bueno o llame la atención mediante travesuras. No recibe las reacciones cariñosas y comprensivas de sus padres que necesita para sentirse seguro con ellos.

El motivo principal de esto es que la madre, a causa de sus propios traumas, no es capaz de ofrecerle al niño un vínculo seguro y sólido. No puede abrirse al niño con sus propios sentimientos porque está llena de miedos. Teme ser inundada por sus sentimientos traumáticos disociados al entrar en contacto con su hijo. El niño, con su necesidad emocional, sus lloros y miedos, es una fuente constante de estrés para ella porque, en el fondo, reconoce en él a su propio niño traumatizado y apartado.

La dinámica psíquica en un trauma simbiótico es compleja. Contiene distintos procesos:

- En su desamparo e impotencia, el niño disocia sus miedos, rabia, dolor, desesperación y toda necesidad interior relacionados con no ser visto ni querido por su madre. El dolor por no ser querido por su madre es muy profundo e insoportable para un niño.
- Por ello, desarrolla distintas estrategias de supervivencia. No le gusta estar tan necesitado de amor. Detesta su dependencia y ve sus miedos y dolor como debilidades. Intenta, por tanto, ser grande y fuerte. No culpabiliza a su madre por no ser aceptado ni querido, sino a sí mismo. No fue lo suficientemente bueno, cometió una falta, no quiere a su madre lo suficiente, etc. A menudo se pone rabioso para no sentir su dolor por el abandono.
- Ya que, según esta lógica, él tiene la culpa de no ser querido, en el fondo, sus padres no tienen ningún problema. El niño idealiza a sus padres. Ve en ellos a la “querida mamá” y al “querido papá”, independientemente de lo mal que lo traten, los desprecios y las agresiones. A menudo, el niño se fabrica con su fantasía una madre ideal que sustituye a su madre real traumatizada. Defiende esta imagen fantasiosa con uñas y dientes. Se enfada consigo mismo por lo difícil que le resulta la relación con su madre real.
- Más adelante, se identifica con las actitudes y estrategias de supervivencia de su madre y de su padre: “¡La vida no es un camino de rosas!”, “¡Uno no se puede permitir los sentimientos!”, “¡Los otros tienen la culpa!”, “¡Hay que adaptarse y no se debe llamar la atención!”, “¡Qué dirían los vecinos!”, etc.
- Percibe a sus padres como personas muy necesitadas y débiles y coge, por ello, el rol de salvador de sus padres traumatizados. Una paciente lo describió así: “Mi parte de niña está totalmente estresada. La tensión

arterial está muy alta. El miedo a fracasar es enorme. Si no ayudo de forma correcta, mamá muere. Esto coge formas extrañas. Esta parte de niña es extremadamente vigilante para reconocer todo a su tiempo”.

- Ya que el niño sigue buscando con avidez el contacto emocional con su madre y con su padre, entra en contacto, inconscientemente, con las energías y los sentimientos traumáticos disociados de sus padres y se cuela a través de sus estrategias de rechazo de trauma. De esta manera, absorbe sus sentimientos traumáticos y los toma como sustitución de los sentimientos cariñosos paternos inexistentes. Cuando los padres pierden temporalmente el control sobre sus partes traumatizadas, el niño se ve inundado por estas. Los sentimientos traumáticos en la psique de los padres son, para los niños necesitados de amor, como un agujero negro que los succiona.

Sentimientos traumáticos absorbidos

Debido al contacto inconsciente con el contenido y la fuerza de los traumas de sus padres, un niño no puede diferenciar cuáles son sus propios sentimientos y cuáles les pertenecen a ellos. Por ello, el trauma simbiótico está siempre unido a un caos sentimental. Dado que los sentimientos son decisivos para el desarrollo de la identidad de una persona, un niño así está confundido acerca de quién es él. En esencia, el hijo asume, junto a los sentimientos traumáticos de su madre, la identidad de esta, la cual se superpone a la propia identidad del niño y bloquea su desarrollo. El vínculo entre la madre y el hijo se convierte, de esta manera, en una relación enredada emocionalmente.

En este tipo de relaciones enredadas, no está claro dónde comienza el niño y dónde termina la madre a nivel psíquico. El niño se vuelve una copia de su madre traumatizada en muchas de sus partes. De este modo, encontrar una solución adecuada a la edad para salir del vínculo simbiótico con la madre resulta difícil e, incluso, imposible.

FRANZ RUPPERT -- en "Trauma, Miedo y Amor"